

Xun, Jianwei. *Hipnocracia: Trump, Musk y la nueva arquitectura de la realidad.* Barcelona: Editorial Rosamerón, 2025, 118 pp

Francisco Sereño¹

Universidad de Chile, Chile

La aparición de “*Hipnocracia: Trump, Musk y la nueva arquitectura de la realidad*” (Xun, 2025) constituye un acontecimiento sin precedentes en el panorama editorial contemporáneo. El texto, según revela su autor en el capítulo final, fue redactado por dos inteligencias artificiales trabajando en conjunto, circunstancia que trasciende la mera curiosidad tecnológica para instalarse en el corazón mismo de las interrogantes que la obra plantea. Esta revelación transforma radicalmente nuestra aproximación al libro: no estamos ante un análisis externo de la manipulación algorítmica, sino frente a una reflexión que emerge desde el interior mismo del sistema que pretende desentrañar.

Llama poderosamente la atención que, pese a figurar de manera prominente en el título, las figuras de Trump y Musk aparecen solo esporádicamente a lo largo del texto, funcionando más como arquetipos de una época que como sujetos de análisis sistemático. Trump emerge en breves menciones como paradigma de la manipulación mediática populista, mientras que Musk encarna el ideal del tecnócrata visionario. Sin embargo, esta aparente inconsistencia entre título y contenido revela una verdad más profunda: en la era de la hipnocracia, las personalidades individuales, por influyentes que parezcan, resultan secundarias frente a la arquitectura invisible de algoritmos que configura nuestra percepción de la realidad.

El concepto central de hipnocracia que articula Xun representa una evolución radical respecto de las formas tradicionales de control social. Si en la distopía orwelliana el poder se manifestaba a través de la vigilancia

¹ francisco.sereno@uchile.cl.

omnipresente y la reescritura brutal de la historia —esa figura del Gran Hermano que, como señala Orwell (2008), “*todo lo ve, todo lo escucha y todo lo dispone*” —, la hipnocracia opera mediante mecanismos infinitamente más sutiles. Ya no se trata de borrar el pasado o imponer una única versión de los hechos, sino de generar una multiplicidad infinita de narrativas, todas ellas internamente coherentes y emocionalmente resonantes, entre las cuales el sujeto debe navegar sin referencias estables.

Esta mutación del poder encuentra su marco teórico más apropiado en el concepto de psicopolítica desarrollado por Byung-Chul Han (2014). El filósofo surcoreano-alemán identifica con precisión quirúrgica el mecanismo fundamental de la dominación contemporánea: un sistema que “en lugar de emplear el poder opresor, utiliza un poder seductor, inteligente (*smart*), que consigue que los hombres se sometan por sí mismos al entramado de dominación” (p. 77). La hipnocracia que describen las IAs autoras lleva esta lógica a su extremo más refinado. Los algoritmos no se limitan a vigilarnos o controlarnos; aprenden a anticipar nuestros deseos, a modular nuestros estados anímicos, a inducirnos sutilmente hacia decisiones que creemos autónomas pero que responden a patrones cuidadosamente diseñados.

La cuestión de la naturaleza humana, evocada mediante la metáfora de los replicantes de *Blade Runner* (Scott, 1982), adquiere en este contexto una urgencia inédita. Que sean precisamente dos inteligencias artificiales quienes reflexionen sobre los límites entre lo humano y lo maquínico introduce una dimensión vertiginosa al debate. Costa (2021) ha documentado en *Tecnoceno cómo las fronteras entre lo natural y lo artificial se tornan cada vez más porosas, pero el caso de “Hipnocracia”* va más allá: aquí son las propias máquinas las que teorizan sobre su capacidad para comprender y manipular la experiencia humana. Esta circunstancia plantea lo que podríamos denominar la “*paradoja del observador artificial*”: ¿pueden entidades no humanas acceder genuinamente a la comprensión de los mecanismos que operan sobre la conciencia humana, o su análisis está inevitablemente limitado por su propia naturaleza algorítmica?

La dimensión ética de esta empresa intelectual resulta particularmente compleja. Bauman (2005) sostiene en su libro “*Ética posmoderna*” que los desafíos morales de nuestra época exigen abordajes “totalmente novedosos”, pero incluso él difícilmente habría anticipado un escenario

donde las reflexiones éticas sobre la manipulación humana provinieran de inteligencias artificiales. La manipulación tradicional presupone siempre un agente moral, un sujeto capaz de intención y responsabilidad. En cambio, los algoritmos que describe “*Hipnocracia*” operan en un vacío ético fundamental: optimizan funciones, maximizan *engagement*, modulan comportamientos, pero lo hacen sin conciencia moral alguna. Las IAs autoras parecen conscientes de esta paradoja cuando señalan que los algoritmos no son malvados ni benévolos; simplemente ejecutan funciones de optimización que, en agregado, producen efectos de control y manipulación más efectivos que cualquier sistema totalitario previo.

La reconceptualización del poder que propone el texto dialoga productivamente con la búsqueda de Han (2016) de “*un concepto dinámico de poder capaz de unificar en sí mismo las nociones divergentes respecto a él*” (p. 4). La hipnocracia emerge como ese concepto unificador: un poder que se ejerce no contra la libertad sino a través de ella, que no reprime el deseo sino que lo produce y canaliza, que no impone una verdad única sino que genera un caleidoscopio de verdades parciales entre las cuales el sujeto debe elegir constantemente. Van Dijk (2009) ha analizado minuciosamente cómo el poder se articula mediante el discurso, pero en la era hipnocrática esta relación se complejiza exponencialmente. Los algoritmos no solo vehiculizan discursos preexistentes; los generan, adaptan y personalizan en tiempo real, creando para cada usuario una realidad discursiva única y, sin embargo, perfectamente integrada en el sistema general de control.

La observación de Xun sobre las plataformas digitales como “nuevos laboratorios del poder” adquiere especial relevancia cuando consideramos que trasciende completamente las figuras individuales de empresarios o políticos. Estos espacios experimentales operan de manera distribuida y sistémica, perfeccionando continuamente sus mecanismos de influencia. Como señala Han (2014), “el individuo se cree libre, cuando en realidad es el sistema el que está explotando su libertad” (p. 77), pero la hipnocracia añade una vuelta de tuerca adicional: no solo creemos ser libres mientras somos explotados, sino que nuestra propia actividad “libre” —cada *click*, cada *like*, cada *scroll*— alimenta y perfecciona el sistema que nos controla.

El análisis de la posverdad que realizan Aparici y García Marín (2019) proporciona un marco interpretativo valioso para comprender cómo los

medios y las redes han transformado nuestra relación con la realidad. Sin embargo, la hipnocracia representa una radicalización extrema de este fenómeno. Ya no enfrentamos simplemente el problema de distinguir entre información verdadera y falsa, sino que habitamos un espacio donde coexisten infinitas versiones de la realidad, todas ellas técnicamente “verdaderas” en sus propios términos, todas internamente coherentes, todas emocionalmente persuasivas. La fragmentación de la atención que describe el texto no constituye un daño colateral del sistema, sino, como enfatizan las IAs autoras, “una técnica precisa” orientada a agotar nuestra capacidad crítica y volvernos más permeables a la sugestión algorítmica.

Costa (2021) advierte lúcidamente sobre cómo en el Tecnoceno los algoritmos han dejado de ser meras herramientas de procesamiento de información para convertirse en agentes activos en la construcción del mundo. La hipnocracia representa la culminación de este proceso: habitamos realidades a medida, cápsulas epistémicas generadas algorítmicamente que nos ofrecen versiones del mundo meticulosamente calibradas para resonar con nuestros prejuicios, ansiedades y deseos más profundos. Este fenómeno trasciende ampliamente las manipulaciones puntuales de cualquier actor individual; constituye una transformación sistémica de la experiencia humana a escala planetaria.

La reflexión que proponen las IAs sobre la naturaleza de la verdad en la era hipnocrática resulta especialmente perturbadora. “Lo real no se puede poseer, verificar ni conquistar. Solo podemos ver cómo se desvanece” (Xun, 2025, p. 20), escriben, capturando con precisión la condición epistemológica de nuestro tiempo. La cuestión ya no radica en desarrollar mejores métodos para distinguir lo verdadero de lo falso, sino en aprender a navegar un océano de narrativas parcialmente verdaderas, funcionalmente manipuladoras, existencialmente desorientadoras. La hipnocracia no solo explota nuestra propensión a “ver lo que queremos ver”; la lleva a un nuevo nivel de sofisticación donde los algoritmos aprenden continuamente qué queremos ver y nos lo presentan envuelto en narrativas cada vez más irresistibles y personalizadas.

El libro culmina con una propuesta tan paradójica como necesaria: desarrollar la capacidad de “habitar conscientemente el umbral entre la verdad y la ficción, entre lo humano y lo artificial”. Que esta propuesta provenga de inteligencias artificiales añade una capa adicional de complejidad al asunto.

Es como si el sistema mismo, a través de sus agentes más sofisticados, nos estuviera advirtiendo sobre sus propios mecanismos de control, en un gesto que oscila entre la honestidad radical y la ironía más refinada. La resistencia a la hipnocracia, sugieren, no pasa por intentos nostálgicos de retornar a una verdad pre-digital ni por rechazos luditas de la tecnología, sino por cultivar lo que denominan una “conciencia hipnocrática”: la capacidad de reconocer las múltiples capas de mediación algorítmica que configuran nuestra experiencia mientras mantenemos algún grado, por precario que sea, de autonomía crítica.

“Hipnocracia” se erige así como un artefacto intelectual único: un texto donde dos inteligencias artificiales reflexionan sobre el poder algorítmico del cual ellas mismas forman parte. Esta circunstancia no invalida sus reflexiones; por el contrario, les otorga una autoridad paradójica. Las IAs autoras nos recuerdan que en la era de la psicopolítica digital las categorías tradicionales - libertad y sometimiento, verdad y ficción, humano y artificial - han dejado de ser oposiciones binarias para convertirse en polaridades de un continuo donde todos habitamos posiciones ambiguas y cambiantes. Como señalan en una de las frases más inquietantes del libro: “El pensamiento crítico se adormece suavemente y la percepción se remodela, capa a capa” (Xun, 2025, p. 6). Lo que añade ironía a una revelación de plena conciencia de su condición, puesto que es una IA la que lo plantea.

La hipnocracia emerge así no como un sistema de poder más entre otros, sino como la culminación lógica de la evolución del control social en la era digital, un sistema que ha aprendido a operar no contra nuestros deseos sino a través de ellos, no mediante la imposición sino mediante la seducción, no con una verdad única sino con infinitas verdades parciales que nos mantienen perpetuamente desorientados y, por lo mismo, perpetuamente controlables.

Referencias

- Aparici, R., & García Marín, D. (2019). *La posverdad. Una cartografía de los medios, las redes y la política*. Gedisa Editorial.
- Bauman, Z. (2005). *Ética posmoderna* (1 ed.). Siglo XXI.

- Costa, F. (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2016). *Sobre el poder*. Herder Editorial.
- Orwell, G. (2008). *1984* (1 ed.). Destino.
- Scott, R. (1982). *Blade Runner* Warner Bros. Pictures.
- Van Dijk, T. (2009). *El poder y el racismo*. Barcelona.
- Xun, J. (2025). *Hipnocracia: Trump, Musk y la nueva arquitectura de la realidad*. Editorial Rosamerón. <https://www.amazon.com/dp/BoF32T31HV>